

Carlos Abel López Requena

LA MIERDA MORFOSIS



CONDILOMA EDICIONES

LA MIERDAMORFÖSIS

Primera edición: Marzo 2018

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: Raülen, Cönio, Kato Cumfarts.

Escrito y maquetado por: Raülen.

Diseño de la cubierta: Raülen.

Revisión y correcciones: Cönio.

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Dépósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Maricones del espacio y su logotipo son una marca registrada en España. Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial Compartir bajo la misma licencia 3.0** España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a *Creative Commons*,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

*Dedicado con cariño
a la memoria de la Trasto*



En general, creo que sólo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta como un puñetazo en el cráneo, ¿para qué molestarnos en leerlo? ¿Para que nos haga felices, como dices?

Cielo santo, ¡seríamos igualmente felices si no tuviéramos ningún libro! Los libros que nos hacen felices podríamos escribirlos nosotros mismos si no nos quedara otro remedio. Lo que necesitamos son libros que nos golpeen como una desgracia dolorosa, como la muerte de alguien a quien queríamos más que a nosotros mismos, libros que nos hagan sentirnos desterrados a las junglas más remotas, lejos de toda presencia humana, algo semejante al suicidio.

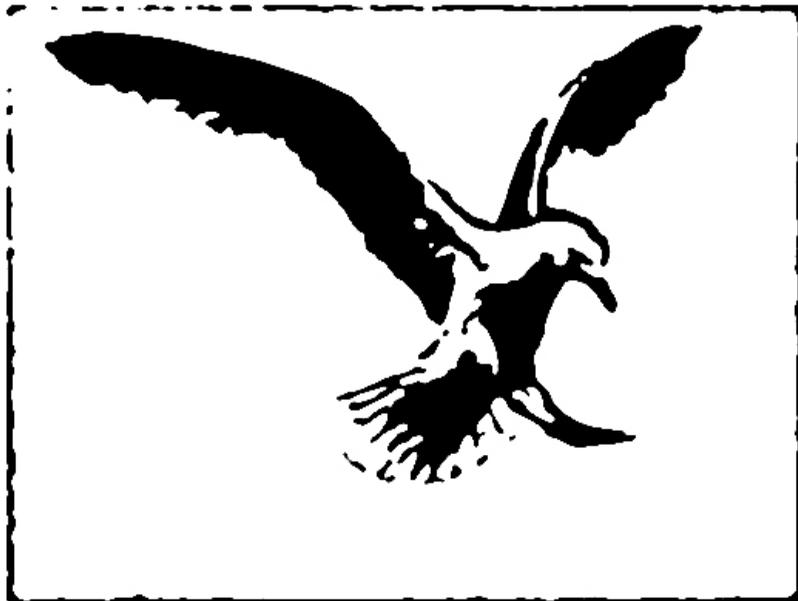
Un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado dentro de nosotros. Eso es lo que creo.

Franz Kafka

Carta a Oscar Pollack (Buenísimo el nombre, jajaja)

Del libro ‘Narraciones y otros escritos – Obras completas’

LA MIERDAMORFÖSIS



**Otro estudio completamente innecesario
sobre la degeneración humana**



NEGACIÓN

Yo era un ser majestuoso, exultante de juventud y de absoluta libertad. Es cierto que antes lo era... pero acabo de percatarme de que ya no lo soy. Ni lo volveré a ser jamás. Veréis, la verdad es que había hecho un día estupendo. Por la mañana radiaba un esplendoroso solecillo de esos de verano y, bueno, digamos que no recordaba lo bello que era su reflejo sobre el mar hasta que he caído en la cuenta de que es probable que ya no vuelva a verlo nunca más.

No hay excusas que valgan, desde luego, pero era de noche y yo iba volando de vuelta a casa distraído, lo reconozco, pensando en mis cosas como todo el mundo y toda esa mierda. No sé dónde leches estaría mirando, el caso es que me pegué el talegazo padre contra una columna de hormigón, un poste de teléfonos, una torre de alta tensión o qué sé yo, algo por el estilo que estaba duro como su puta madre, y caí fatalmente contra la acera desde una altura considerable. Bueno, digo considerable y seguro que me quedo corto. Quería decir que me metí el hostiazo del quince por no estar por lo que tenía que estar. Recordé a mi madre cuando me decía que volara siempre con cuidado y que sobre todo prestase siempre mucha atención, porque volar no dejaba nunca de ser peligroso... ni siquiera cuando eres un pájaro. Con el paso de los años había dejado de hacer caso a sus advertencias. De tanto volar me había vuelto confía-

do. No os podéis ni imaginar cuantísimo me arrepiento de haber descuidado sus consejos, pero claro, ahora ya es demasiado tarde. Incluso para arrepentirse. Qué desastre.

Me desperté a la mañana siguiente, de un sobresalto, cuando una niña que paseaba con su padre por allí soltó un alarido en plan becerra nada más verme: « ¡Aah! ¡Papaá!» Gritaba. Yo no me podía ni mover, estaba entumecidísimo, con el cuerpo jamagoso en plan guarro sudado y tal. La pata izquierda no me respondía. No podía ponerme en pie y me vi incapaz de levantar el vuelo para largarme de allí. Pude levantar las alas pero me dolían un huevo, como si me hubieran roto los huesos a martillazos o algo por el estilo. No podía volar, así que les pedí auxilio.

– ¡Aaah! ¡Papá! ¿Qué le pasa a la paloma?! –Le gritó la cría a su padre abrazándole la pierna.

–No es una paloma cariño, es una gaviota muerta – Le contestó el gilipollas de su puto padre. No me mal interpretéis, quiero decir, encima de que el muy capullo tenía una pinta de imbécil que no se la aguantaba va y le suelta a la tonta de su hija que si yo estaba muerto. ¡Como si no hubiese podido ver perfectamente que me estaba moviendo y que no paraba de graznar!

– ¡No está muerta! ¡Todavía se mueve! ¡Qué asco! –El padre sería imbécil, vamos, pero la niña de los cojones tampoco se quedaba corta. Era poco menos que igual de

gilipollas. ¡Cómo que qué asco, pedazo de cabrones! ¡Si estáis viendo que estoy vivo, hostia! ¡No me dejéis así, joder, ayudadme! ¡Que soy un ave majestuosa!

—No te acerques tanto, a ver si te va a picar. Vámonos de aquí, que te encantas con cualquier chorrada —Le suelta, y aunque les estuve implorando ayuda lastimeramente como nunca en la vida lo hubiera hecho, el padre imbécil y la hija gilipollas cambiaron de acera y me dejaron allí tirado como una mierda, con toda la solanera cayéndome de lleno encima, cagándome en todo cristo y jodidísimo a muerte de la espalda.

Les vi marcharse. La cría se fue llorando y el padre se la llevó a estirones. Menudo par de desalmados. Por lo menos la niña se apiadó de mí, o como mínimo debió sentir un terror profundo y terrible al comprender que yo, un ser majestuoso y divino, capricho absoluto de la veleidosa casualidad de la creación, podría morir allí mismo, en medio de la calle, de una forma tan trágica y siniestra. Aún estaba presente en ella ese prodigioso sentido de la misericordia que diferencia al ser humano de nosotros, el resto de los insignificantes pobladores de la Tierra... pero vamos, que no podría decirse lo mismo del subnormal de su puto padre. Procuré respirar profundamente e hice por serenarme. Por suerte no todo el mundo es igual de asqueroso que el notas ese. Me pregunté en qué momento de nuestra vida perdíamos ese sentimiento de misericordia hacia los demás, sobre todo hacia los desvalidos y los necesitados. Vamos, que en

qué momento de su vida debió perder aquel pedazo de gilipollas el brillo de humanidad que todavía alumbraba a su pequeña. A decir verdad, no sé de qué coño hablo ni qué derecho tengo yo a exigirle nada a los demás, si precisamente como padre he sido una reputísima mierda. Para que os hagáis una ligera idea, llevo años sin saber nada de mis hijos. Y no digamos ya de su puñetera madre, que apenas me acuerdo ni de cómo se llamaba.

Total, que a todo esto estaba yo allí tirado, gimiendo y sollozando de dolor, en mitad de la acera de una urbanización de esas para ricos por donde apenas transita nadie. Como estaba bastante cerca del paseo marítimo confiaba en que tarde o temprano algún alma caritativa y bondadosa pasaría por allí, camino hacia la playa, y se prestaría buenamente a socorrerme. Aún debe quedar gente buena en el mundo, vamos, no me jodáis. De hecho estoy convencido de que, en proporción, debe de haber mucha más gente buena que gente mala, pero claro, ya se sabe, el cántaro vacío es el que más suena y la gente mala es la que acapara mayormente la atención. Quiero decir, que las malas acciones dan siempre más que hablar que las buenas y encima parece que a la gente sólo le guste hablar de lo malo y lo sórdido. Pero bueno, en definitiva, que no debía perder la esperanza por haber tenido un accidente. Todo el mundo los tiene alguna vez. Sólo era cuestión de tiempo que apareciese alguien por aquí, aunque estaría bien que lo hiciera antes de mediodía porque, bueno, ahora todavía es tem-

prano... pero en nada empezará a picar una solana que flipas. Como esté aquí tirado en medio de la calle cuando caigan las doce me voy a asar, literalmente, como un puñetero pollo ¡Puf! Estoy hecho mistos y no aguanto más el dolor. Es insoportable. Desfallezco, así que mejor voy a ver si me echo una siesta y descanso un poco. Confío en que cuando despierte me hayan encontrado ya y me lleven a algún centro veterinario o a algún sitio de esos donde se encargan de curar a animales heridos como yo. A plena luz del día alguien tendrá que verme por cojones y hará algo al respecto. Digo yo.

El dolor me hace delirar y se me va el punto, ya no sé si estoy soñando despierto o si estoy pensando dormido. El caso es que permanezco en un estado de vigilia donde sueño y realidad no tienen necesidad alguna de definirse, simplemente comienzo a imaginar y me vienen a la memoria algunas imágenes sobre mi vida, ya sabéis: De los domingos soleados sobrevolando la lonja para pillar pescado fresco al despiste; de los atardeceres en los que planeaba sobre el mar azul, alejándome en dirección al horizonte para gozo y deleite de los pardillos enamorados que me admiraban señalándome como si fueran bobos; de esos madrugones que me pegaba con mis primos cuando salíamos a recibir a los barcos que llegaban a la costa; recordé los días en los que estuve construyendo el nido para que mi parienta empollase los huevos... no sé, esas cosas, recuerdos cálidos. Supongo que me venían ese tipo de pensamientos para que mi

mente pudiera relajarse y descansar. No era fácil hacerlo cuando la mitad de tu cuerpo lo tienes hecho papilla.

Me concentro en escuchar el rumor que proviene del mar. De pronto las nubes cubren el sol y todo a mi alrededor queda sumido en una gélida oscuridad. La brisa marina que hasta entonces me resultaba tan reconfortante me sacude ahora con un eléctrico repelús. Un escalofrío glacial me recorre las extremidades. Siento palpar mi pata izquierda y un intenso olor de notas férreas invade mi olfato. Es mi propia sangre, claro, aunque no me había dado cuenta de que había sangrado tanto como para producir un charco bajo mi cuerpo. No es de extrañar, con la santa hostia que me llegué a meter como mínimo debería estar reventado por dentro. Ahora percibo que respiro con dificultad y que también me duelen las costillas. Maldigo la hora en que me despisté y me pegué el toñazo. Menudo gilipollas estoy hecho.

Un coche dobla la esquina y aparece al final de la calle, alborotando con el fragor de su motor la sofocante calma que inunda todo el barrio. Al pasar junto a mí se detiene, pero no porque el conductor se haya percatado de que estoy allí tirado como una mierda sino porque está haciendo un ceda el paso y ha parado a la altura de donde yo me encuentro por pura casualidad. El tubo de escape me escupe un soplo de dióxido en toda la jeta y me echo a toser espasmódicamente. No me negaréis que ante tal asquerosidad no dan ganas sino de morir.

Entonces pienso en lo muy podrida que está la vida a nivel de suelo y es por culpa de los puñeteros automóviles de los cojones. Maldito invento, la verdad sea dicha. Desde luego que la vida en el aire no tiene nada que ver, pero menuda ruina de mundo enfermo les va a quedar a nuestros hijos, no me extraña que hoy en día crezcan los chavales acumulando alergias raras, enfermedades respiratorias crónicas y cantidad de intolerancias alimenticias de las que antes apenas ni se oía hablar. Me pregunto si llegará un día en que la contaminación global colapse la atmósfera impidiendo con ello la posibilidad de que subsista la vida en la Tierra. Nah, seguro que no, es imposible que eso suceda teniendo en cuenta lo inmenso que es nuestro planeta. La gente no es consciente de ello porque sólo se miran al ombligo. A los chavales les meten miedo en el colegio diciéndoles que si no ahorran agua corriente es probable que ésta se pueda agotar... ¡Menuda imbecilidad! Todos los pájaros sabemos de sobras que eso es poco menos que una puta mentira. Jamás se agotará el agua por mucho que la bebamos todos a la vez, igual que tampoco se agotará el oxígeno sólo porque haya diez o doce puntos críticos en el mundo donde se produzca una cantidad ingente y desorbitada de polución. Lo que sí es lógico y normal es pensar que allí donde haya mayor concentración de contaminación la gente morirá antes, y bueno, si son lo suficientemente inteligentes terminarán haciendo como nosotros y emigrarán de las ciudades para volverse al campo. Madre mía ¿habéis visto lo que hace la agonía?

Parece que haya estado soltándoos el típico discurso plumizo de un puñetero diputado de los verdes ¡No entiendo a qué coño viene ahora toda esta chapa con el ecologismo! ¡Si a mí esa mierda me la suda cachísimo! Yo siempre he dicho que, cuando me muera, mierda para el que quede.

El vehículo reanuda la marcha y la calle vuelve a quedar en silencio hasta que, bueno, hasta que vuelvo a escuchar la algarabía lejana de la gente que alborota en la playa. Ellos se lo están pasando de cojones mientras yo estoy aquí, agonizando penosamente sobre la acera, en un paraje idílico y veraniego que para otros será como una bendición mientras que para mí es poco menos que un jodido infierno en la tierra. Maldita tierra, joder, cómo añoro ahora no poder desplegar mis alas y volver de nuevo al cielo, con lo fácil que era antes echarse a volar. Si nadie viene a sacarme pronto de aquí... Joder, no quiero ni pensarlo. No, no lo voy a pensar. Saldré de esta. Sí, y volveré a volar. Seguro. Ya lo veréis. Como tantas otras veces, acabaré riéndome de esta desagradable situación en el futuro. Cuando regrese al cielo juro que volveré a ser prudente. Le haré caso a mi pobre madre, que en paz descansa, y nunca más haré el capullo. Lo prometo. Vamos, lo juro.



IRA

Ahora me parece oír unos pasos ¡Menos mal, hostia, por fin aparece alguien! Espero un poco a ver qué pasa. Intuyo que son tres o cuatro personas las que se acercan caminando a mis espaldas y, por cómo van hablando y tal, parece gente joven. La gente joven es bienintencionada y voluntariosa, seguro que ellos me sacarán de aquí. Cuando yo era joven siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás, ya sabéis, pensaba que podría cambiar el mundo para hacerlo mucho mejor y todo eso. De repente la sombra de una pierna me pasa por encima y, sí, en efecto, me han esquivado como si fuera una cáscara de plátano o un vulgar cagarro seco. Ellos continúan caminando calle arriba después de ignorarme alegremente y prosiguen con su conversación estúpida e histriónica, riéndose de forma impostada con sus pintas de surferos mamarrachos. Puro postureo. Cómo odio sus gafas pijas de marca y sus ridículos sombreros. Cómo odio sus putas tablas de surf, sus bañadores estampados con flores y su rollo pseudo hippie repulsivo de pasotismo total y absoluto ¡Estoy aquí, pedazo de cabrones! ¿No sois tan hippies solidarios y ecologistas? ¡Ayudadme joder! ¡No sudéis de mi culo!

De nada me sirve rabiarse, ni tampoco ponerme a graznar como un poseso. Hacen como si no me hubieran visto, así que me resigno. Mira qué bien, aún tendré que estar agradecido porque al menos han tenido la decencia

de no chutarme o acribillarme a lapos los muy hijos de la gran puta. Encima eso es lo que más me repatea ¡Si tan poco os gusto, joder, matadme! ¡Acabad con mi vida destrozándome a patadas como si fuera un balón! ¡O por lo menos odiadme! ¡Pero haced algo, cojones, no me ignoréis!

El sol comienza a colocarse ya en lo más alto y achicharra de la hostia. Por fortuna se esconde momentáneamente tras la copa de una palmera del paseo, lo cual me da un respiro. La acera empieza a oler fatal, mi sangre se ha coagulado en un repugnante charco oscuro y, bueno, digamos que además he tenido un pequeño problema con mis esfínteres y he acabado cagándome encima. Huele fatal. No os lo podéis llegar ni a imaginar. Se me está yendo el punto. El descanso que me brinda la sombra de la palmera me está jodiendo vivo porque mientras me estaba torrando al sol estaba jodido, pero ahora con el frío se me engarrota todo el cuerpo y me da por temblar, además de que están entrándome los sudores de la muerte. Me duelen todas las extremidades, me castañean los dientes, las punzadas en la pata izquierda me agotan, las alas me están jodiendo igual tanto si las tengo recogidas como si las tengo desplegadas. Un escalofrío me sube por la espalda y del repeluco me da por estirar el cuello. Me recojo sobre mí mismo y me encorvo como si fuera un cisne. No me apetece seguir luchando más. Estoy harto, pero harto de verdad. Si estando a la sombra me encuentro tan mal,

cuando vuelva a aparecer de nuevo el sol tras la palmera estoy perdido. Me da por bostezar. Tengo mucha sed, me rugen las tripas de hambre y también me muero de sueño.

Ahora me da por pensar en el hambre que tengo. Esta mañana me pareció oler a carroña al otro lado de la calzada. Vuelvo el cuello como puedo y junto a la rueda de un coche que hay aparcado en la acera de enfrente diviso el cuerpo en descomposición de un animal peludo. Debe de ser un gato o una rata. Está demasiado lejos como para que pudiese llegar a alcanzarlo. Puf, si es que en realidad me la sopla. Tengo hambre, sí, pero ahora mismo tener hambre es el menor de mis problemas. Bueno, que no sé, que supongo que si salgo de esta ya me preocuparé por nimiedades como la de alimentarme y todo eso. Me paro a pensar y, claro, en otras condiciones hubiese bajado volando hasta aquí y me habría pegado un atracón... Pero oigo graznar a otros pájaros y de pronto me echo a temblar cuando me doy cuenta de que la próxima carroña podría ser yo ¡Qué hijos de puta! Son tan cabrones que serían capaces de empezar a devorarme las entrañas mientras todavía estoy agonizando. Les veo volar en círculos y yo mismo sé lo que eso significa, porque yo también estuve ahí arriba y también fui tan cabrón como lo serán ellos conmigo.

Jamás pensé que todo pudiera terminar así, quiero decir, nunca fui consciente ni de que la vida se me fuera

a pasar tan rápido ni tampoco se me ocurrió siquiera imaginar que terminaría muriendo de una forma tan inminente y dramática.

Ahora sí, de nuevo sale el sol y atraviesa mis plumas achicharrándome la piel. Tengo la boca seca, me cuesta respirar y si toso me duelen las costillas. Esto de la agonía se me está haciendo eterno. Jamás pensé que llegaría el día en que estaría agonizando de una forma tan cruel. Sólo quiero que todo esto termine ya de una vez por todas. Mira que lo oí decir cantidad de veces y no creí que pudiera suceder de verdad, pero lo cierto es que me estoy muriendo literalmente de asco. Levanté la vista hacia el sol y, asomado al balcón de su apartamento haciéndose visera con una mano, vi como en un espejismo la figura de un pavo que se asomaba y andaba mirando hacia mí. Puntualizo por si acaso: Cuando digo un pavo me refiero a un hombre, no os penséis que me estoy refiriendo a un pavo de verdad, con sus plumas y todo eso. Total que, cuando nuestras miradas se cruzaron por un breve instante, pude comprender que aquel tipo me había visto agonizar y estaba dispuesto a hacer algo al respecto. Suspiré aliviado cuando vi que se volvía a toda prisa y se metía de nuevo en su apartamento. Sabía seguro que iba a venir a por mí.

Entonces me dio por pensar en Raúl, que fue el primero de mis amigos en morir. Hace una verdadera eternidad de eso. Éramos todos muy jóvenes y sen-

cillamente no nos lo podíamos creer. El colega estaba gravemente enfermo por una de esas... ya sabéis, una de esas cosas degenerativas. Como os decía, murió muy joven y su ausencia, aunque la sentí, apenas me conmovió. Poco tiempo después también falleció Ingrid en un accidente de tráfico a consecuencia del despiste de un conductor imbécil. Mis familiares y amigos estaban todos hechos polvo, recuerdo haber visto a mis colegas llorando completamente destrozados, pero la verdad es que a mí no me importó en lo más mínimo. Visto ahora con perspectiva tal vez pueda resultar un tanto monstruoso, pero es que no sentía ningún tipo de apego especial hacia aquella chavala, así que bueno, se marchó y ya está. Como cualquier persona a la que conoces por casualidad y luego simplemente la dejas de ver. Hay tanta gente en el mundo que, claro, quizá os parezca muy desalmado lo que voy a decir... pero eso, que yo que sé, que cuando eres joven evitas pensar en la muerte y crees que, aunque les puede llegar a suceder a los demás, a ti no te va a pasar nunca. Pues eso, que como estás conociendo peña nueva todos los días cuando pierdes a uno de vista pues te la suda, porque en nada te olvidas y conoces a otro.

Ahora que me acuerdo me pasó lo mismo cuando lo de Miriam, que se atragantó con su propia lengua mientras bebía, comenzó a ponerse azul y como nadie la pudo asistir falleció en el acto. Fue súper chungo. Si no me olvido de aquel momento es más por lo muy

dantesco e inusitado que fue todo aquello y no por el cariño que pudiera sentir hacia aquella tía. Fueron unos días muy extraños y cualquiera que sea un poco pelicularo podría decir que con la muerte de Miriam se acabó nuestra juventud... pero eso no son más que chorradas. Si lloré entonces fue porque los demás también lo hacían. Yo vivía en mi mundo, pensando sólo en follar y divertirme. Como todos, siempre he esquivado enfrentarme a la muerte y a lo que ella significa. Estaba convencido de que eso nunca iba a pasarme a mí. Tal vez por esa misma razón no comprendía el sufrimiento de los demás, así que entiendo que conmigo pasará igual: es posible que, si muero hoy, puede que a lo mejor mañana haya alguien con el corazón destrozado por culpa de mi ausencia... pero sólo será momentáneamente. Con el paso de los días la gente continuará con sus vidas y se olvidarán de mí. Luego, con el tiempo, morirán también esas personas que alguna vez tuvieron a bien recordarme... y después, dentro de cincuenta o sesenta años, ya no habrá nadie que se acuerde de mi paso por esta vida ni tampoco nadie que recuerde a quienes se acordaban de mí. Habré sido borrado de la memoria de este mundo para siempre.



NEGOCIACIÓN

Pero ahora no pienses en morir, joder. Hay un tío que te ha visto. Estás hecho una puta mierda, sí, pero todavía hay alguien que puede salvarte la vida. Te llevarán al hospital y te curarán, seguro, como aquella vez que te pillaron en la playa y te limpiaron el petróleo que se te había quedado pegado en las patas. Vendrán a rescatarme, no tengo por qué morir hoy. Vamos, eso ni lo pienses. Tengo tantas cosas aún por hacer, todavía puedo disfrutar de mis hijos o incluso tener más; podré volver a chorizar pescado fresco de la lonja a primera hora de la mañana; podré quedarme junto al bar de jevis escuchando discos del Ozzy o de los Motörhead; podré posarme sobre los cables del teléfono a esperar que pase cualquier garrulaco retrasado mental y hacer puntería para soltarle un buen truñaco por encima, jajaja. Una vez cagué encima del helado que se estaba comiendo una de esas guiris pijas y rubias. La muy capulla no se dio cuenta hasta que le pegó un buen lametón al cucurucho y le entraron unas arcadas de la hostia que le hicieron echar la raba hasta la primera papilla, jajaja. Esa sí que descubrió por sí misma a qué sabe la mierda. O mejor dicho, el helado de vainilla con cagarruta de pájaro, jajaja. ¡Ay, joder! ¡Jajaja! ¡Cómo me duele el costado! Si es que me merezco morir sólo por lo pedazo cabrón que soy, jajaja.

¡Mirad! Ya se acerca el tío del apartamento. No es tan pureta como me había parecido de lejos. Viene con un cartón bastante grande en la mano y ahora sí estoy completamente convencido de que viene a ayudarme. Parece que lo hará servir a modo de camilla para transportarme. Gracias al cielo, acabo de recuperar la fe que con los años había perdido en la humanidad. «Gracias amigo» Le digo, pero claro, él no me entiende porque por lógica hablamos en idiomas muy distintos. Le percibo angustiado por mi aspecto y eso me alegra, significa que le remueve la conciencia verme tan mal herido. Es una buena persona, de eso no cabe duda. Mi nuevo amigo permanece pensativo por unos instantes. Luego coloca el cartón convenientemente sobre la calzada, a un palmo de altura por debajo de la acera, y cogiéndome por las plumas del ala derecha arrastra mi cuerpo hasta depositarme sobre la improvisada camilla. Me ha hecho un poco de daño al arrastrarme, pero qué más da, a este hombre le debo la vida y se lo perdono todo. Qué digo hombre, este tío es un santo. Una vez que me tiene sobre el cartón lo coge con ambas manos por sendos extremos y me vuelve a colocar sobre la acera. Ahora saca un instrumento de esos, cómo se llama... Ah sí, saca un teléfono y se pone a llamar. Me mira con cierto desconuelo mientras nadie le contesta al otro lado, yo le devuelvo mi mirada más tierna, amable y agradecida.

Su silueta afable eclipsa los rayos de sol y a mí me reconforta pensar que finalmente estoy salvado. Pasa el

tiempo y seguimos allí. Una bicicleta cruza por nuestro lado y mi salvador la hace desviarse para que no me arrolle sin querer. Esa, queridos amigos, es la mejor persona que he conocido en mi vida.

¿Es el servicio de recogida de animales? –Les dice. Por fin parece que consigue establecer contacto con alguien por teléfono. –Sí, verán... Necesito que vengan a recoger una gaviota que está en medio de la calzada. Sí, bueno, ahora está en medio de la calle. Ahá. En la calle Ferriol. Junto al paseo marítimo. Sí, justo al lado del hotel Panorama. No, todavía no. ¿Enfrente? Sí, por supuesto. No hay problema. No, gracias a ustedes. Sí, pueden llamarme a este número. Gracias. Sí, gracias. Adiós.

Sosegado, ahora que alguien se ocupa de mí, me pregunto si yo alguna vez habré sido tan atento y generoso con mi prójimo. La verdad, si a alguien le hice alguna vez un gran favor, ahora mismo no lo recuerdo. Sé que cuando era crío tenía mucho afán por ayudar a los demás. Justo después de que me decidiera a dar el gran salto, cuando por fin salí del nido y me puse a volar, traté de infundirles la confianza necesaria a mis hermanos o a mis amigos para que ellos también se quitasen el miedo de encima y aprendieran a hacerlo. Lo de echar a volar lo hice por mi cuenta, de manera autodidacta que se dice ahora, principalmente fijándome en cómo volaban los demás. Eso sí, si bien no

recuerdo haber sido decididamente generoso con nadie tampoco recuerdo que alguien me haya agradecido nada con demasiada efusividad, ni siquiera mi mujer cuando tuvo a los pequeños... o tal vez si me dieron las gracias yo no les presté mucha atención que digamos, porque a lo mejor estaba pensando en otras cosas y todo eso. Sí, supongo que sería lo más probable. Ya sabéis, la vida es eso que pasa mientras nosotros estamos pensando en cualquier chorrada. Claro, por eso no habré disfrutado lo suficiente de mi vida. No he prestado atención a la gente que necesitaba algo de mí, y si les entregué algo bueno en algún momento ni lo recuerdo ni tampoco estoy seguro de si me lo agradecieron. Es como si hubiese vivido en estado de embriaguez hasta este preciso instante; no sabéis cómo me arrepiento de haberme comportado así durante todos estos años. Pero no pasa nada, nunca es tarde para redimirse. Ahora me llevarán al hospital, pasará unos cuantos días sedado y luego, cuando vuelva a casa, procuraré ser efusivo, atento y afectuoso como nunca antes lo fui. Vamos, que pienso celebrar la vida todos los días como es debido. Como si cada día fuera a ser el último y no hubiese un mañana.

Mi salvador me observa con detenimiento y nuestras pupilas vuelven a coincidir nuevamente. Se enciende un cigarro y me sorprende que fume, pero bueno, nadie es perfecto. Luego se coloca en cuclillas frente a mí mientras los dos guardamos silencio. Intuyo que está reflexionando sobre nuestra situación. Él también está pensado

en lo que sea que pudiera haberme sucedido. Me pregunto si dentro de unos años, cuando todo esto haya terminado, volveremos a encontrarnos; si algún día, cuando esté volando por el cielo otra vez, lo encontraré por casualidad; si será capaz de reconocermme y si ambos nos saludaremos con alegría. Me pregunto si es verdad eso que dicen que después de la muerte vamos al cielo, pero no al que yo conozco sino a un lugar más allá de las nubes donde puedes vivir eternamente junto con tus seres queridos y tal. Qué incoherencia ¿verdad? Yo esperaría encontrarme allí con el tío este, pero ¿Y si resulta que tú esperabas encontrarte con tus hijos, porque los quieres, pero luego ellos no quieren que tú estés allí? ¿Se reunirían contigo en el cielo para volver a estar discutiendo todo el día tal como lo hacen en vida? Claro que no, desde luego que esa idea del cielo es de lo más estúpida y absurda. No tiene ningún sentido. Además, si viviéramos eternamente estaríamos discutiendo eternamente... y eso más que el cielo sería un infierno para mí. Y bueno, ahora que lo pienso, por esa misma regla de tres tal vez yo debería estar también en ese cielo junto a mi padre, si es que alguna vez me quiso. ¿Con quién querría estar mi padre si tuviese que estar junto a sus seres queridos? Conmigo fijo que no, y tampoco sé si él quería estar junto a sus padres, o si sus padres querrían estar con él. Y además ¿sería posible juntar a tanta gente de tantas generaciones que van encadenándose entre sí? Jajaja, madre mía, menuda

estupidez. No entiendo cómo puede haber nadie que todavía se trague todas esas paridas.

Desde luego que no creo en la existencia de Dios, o por lo menos no creo que exista una gaviota anciana, con barba y vestida con una túnica blanca que viva en las nubes y que sea capaz de estar vigilando las acciones de cualquiera de los individuos de su creación en todo momento. Eso es ridículo, claro. De lo que sí estoy cada día más convencido es de que existe algún tipo de fuerza u orden sobrenatural que rige unas normas que están a años luz de nuestro alcance intelectual cognitivo. De verdad, que ya sé que a lo mejor suena muy cutre y tal pero ¿cómo si no se puede explicar la adaptación al medio y los cambios en el desarrollo de las especies? Quiero decir, que es como mínimo sorprendente que los peces que viven en las profundidades del océano nazcan con un órgano en su cuerpo que genere luz propia ¿No es flipante? O los bichos esos cuyos cuerpos son en sí mismo un camuflaje, como los insectos palo, que nacen así para que los depredadores no puedan cazarles. Mi primo Miguel, que emigró a África hace años, me explicó por qué las cebras tienen el pelaje ese con rayas. La verdad es que yo no me lo habría preguntado nunca, es decir, simplemente acepté que las cebras se llaman cebras porque tienen rayas y por esa misma razón no se llaman caballos. El caso es que mi primo me contó que tienen las rayas esas para escapar de los depredadores, porque cuando llega un tigre o un león y salen huyendo

en manada las rayas distorsionan la visión de los cazadores y éstos no son capaces de distinguir dónde se encuentran exactamente sus presas para saltarles al cuello. Insisto en que es flipante ¿No? El orden natural ese del que os hablaba decide que algunos animales comen hierba y otros animales se comen a los animales que comen hierba, pero no se lo pone fácil a los leones precisamente para exista un equilibrio perfecto y que ninguna de las especies predomine por encima de la otra. Decidme que un razonamiento así no es para pensar que hay algo ahí, yo qué sé, pero que está fuera de toda la lógica que podamos haber asumido durante la historia de la evolución animal en la Tierra. Y bueno, quien dice la Tierra dice otros planetas, pues un principio tan fundamental e irrefutable como ese bien se puede extrapolar al resto del universo. Dicen que en nuestra galaxia no parece haber otro planeta habitado, pero pensad en la de miles de millones de años que existe la vida en la Tierra. Tal vez con una decena de millones de años más, y de la misma manera, aparecería vida en Júpiter. Quién nos dice que no haya existido una raza similar a la de las gaviotas, o a la de los seres humanos sin ir más lejos, que proliferase y evolucionase hasta poder realizar viajes por toda la galaxia. Puede que existieran. Puede que colonizasen otros planetas y finalmente terminaron extinguiéndose como lo hicieron los dinosaurios o cosas así. Lo que está claro es que no disponemos del suficiente conocimiento para saber qué es en sí el universo; no sabemos cuál fue su origen, para

qué fue creado, si se acabará algún día o, yo qué sé, si forma parte de algún conjunto superior que también está fuera del alcance de nuestra imaginación. Es decir, como si el universo, que para nosotros es infinito, fuera sólo una pequeña parte, o incluso un componente minúsculo, de un orden muy superior. Claro, contemplando la posibilidad de lo muy infinito que podría ser sólo el universo que está a nuestro alcance y los miles de millones de años que puede tener la evolución de la vida en la Tierra te das cuenta de que nuestra existencia y el tiempo que tenemos de vida es poco menos que ridículo e irrisorio ¿Qué hemos venido nosotros a cambiar en todo ese orden? ¿Por qué hay tantos tipos de seres vivos y de qué sirve que estemos naciendo y reproduciéndonos sin parar? ¿Por qué nos pasamos el día cabreados o discutiendo si visto desde una perspectiva tan amplia como la de nuestro papel en la creación no tiene ningún sentido que nos andemos amargando la vida con gilipolleces?

DEPRESION



DEPRESIÓN

Mi salvador agacha la vista y se yergue otra vez. Apura el pitillo con calma y luego se acuclilla de nuevo para coger con ambas manos el cartón donde yo me encuentro echado. Me pregunto si me llevará él mismo a la clínica veterinaria. A lo mejor da la magnífica casualidad de que él es veterinario y me lleva a su casa para curarme. Tardo poco en salir de dudas. Aunque lo hace muy cuidadosamente, el desgraciao de mierda me vuelve a depositar en el suelo, pero esta vez al otro lado de la calzada, en la acera de enfrente, a la altura de unos contenedores pestilentes que están copados hasta los topes con bolsas de plástico grasientas de esas que van llenas de desperdicios inmundos en descomposición. El pestazo es absolutamente nauseabundo e insoportable. Intento graznarle al muy cabrón pero no me queda fuelle ni para mantener el aliento. Total, que el tío asqueroso me deja allí tirado, se da media vuelta y se larga pa su casa. ¿Os lo he dicho ya? El pestazo es tan repulsivo que noto cómo me suben reflujos ácidos del estómago incitándome a la náusea. Jamás en la vida me había sentido tan humillado. Ahora lo tengo claro: No soy nada, no valgo una puta mierda. No valgo mucho más que una de esas ridículas e insignificantes hormigas que solo sirven para trabajar en el hormiguero hasta que la gente las aplasta de un pisotón sin ni siquiera darse cuenta. ¡Muy bonito cabronazo! Espero que la imagen de mi rostro triste y suplicante te persiga en sueños y

aporree tu subconsciente hasta que te induzca al suicidio por ser tan cabrón y tan hijo de la gran puta ¡Dejarme a mí así! Si vuelvo a nacer, en otra vida o de la forma que sea, te aseguro que te buscaré por todo el mundo hasta darte caza y pegarme el gusto de matarte estrangulándote con mis propias manos.

Me da por llorar de la impotencia. Ese tío en el que tanto había confiado se largado así sin más. No sé a quién debió llamar por teléfono pero ahora, después de ver cómo se largaba dejándome junto al contenedor, ya no puedo estar seguro de si estaba hablando con una clínica veterinaria o con los de la recogida de animales muertos. No puede ser, ahora sí me temo lo peor. Por si fuera poco, estoy a la sombra tragándome toda la peste a basura putrefacta cada vez que respiro por el pico o por la boca. Ahora sí que ya no puedo más, ojalá venga alguien a rematarme pegándome una patada en la cabeza. Permanezco inmóvil, me concentro en mi respiración y desconecto de la peste. Ya da igual. Está claro que ese es el olor de la misma muerte.

Me pregunto en última instancia si será posible que los animales nos reencarnemos. Es decir, entendedme, ya os he dicho antes que no creo en esas gilipolleces del cielo y el infierno. Ni mucho menos en eso del alma inmortal o cualquier pollada parecida, pero fíjate, somos muchos individuos. Y si nos ponemos a contar con los insectos ya ni te digo. Quiero decir, cabe la remota

posibilidad de que la reencarnación, o la reutilización de lo que podríamos considerar nuestra alma, exista. Somos tantas almas y tantos cuerpos que por lógica tendríamos que acabar repitiéndonos. Ahora mismo eso no puede suceder, claro, porque yo no podría estar aquí y en otra parte al mismo tiempo... pero quién me dice a mí si no será posible que, una vez haya muerto, mi alma, o lo que sea que me hace saber que yo soy yo, se deposite en otro cuerpo. Pero no quiero decir en plan espectro o fantasma, quiero decir que una vez que yo no esté aquí tal vez la conciencia de que yo soy yo aparezca en otro sitio, o lo que es lo mismo, una configuración genética nueva que nace en otro punto del universo resulta ser la misma que yo tenía y con eso vuelvo a la vida... aunque hayan sido borrados por completo todos los recuerdos de mi vida anterior; aunque tenga que volver a aprenderlo todo de nuevo. Es posible que ni siquiera vuelva a ser una gaviota, a lo mejor me transmutó en una foca, o en un jurel, o incluso en un jodido abogado podrido de pasta. No, yo no quiero ser nada de eso. Si pudiera elegir volvería a ser gaviota. Tal vez haya alguna regla natural que haga que los individuos volvamos a nacer en otro cuerpo preservando las mismas características del cuerpo que habitábamos anteriormente. Joder, no sé, cuanto más lo pienso cada vez lo veo más improbable. Con la de cientos de miles de millones de hormigas que existen en el mundo sería muy útil eso de economizar la genética y reutilizarla despertando en otro cuerpo, algo así como si cada uno de nosotros fuese un pedacito de un alma

universal que se agota y se vuelve a aprovechar para rellenar otra entidad viviente, digamos, como si el cuerpo fuera un vaso de cristal y eso que llaman el alma fuese el agua con el que llenarlo. De todas formas, aceptémoslo, de qué sirve volver a vivir si se hace borrón y cuenta nueva. Aunque volviera a nacer en otro cuerpo dudo mucho que pudiese vivir las mismas experiencias que he vivido, y al fin y al cabo esa forma de vivir es la que ha construido mi yo. La que la ha construido y la que ha decidido destruirme también. Pensándolo bien, no me hace falta volver a la vida, porque ya estoy muy cansado. Me da una pereza enorme solo con pensar que tuviera que repetirse todo otra vez. Cuando era joven y tenía cacho de cosas por descubrir sí que era emocionante, pero de un tiempo hasta aquí todo el rato es lo mismo. Ya no hay nada que me emocione como entonces, no solo me volví despreocupado sino también frío, huraño, cascarrabias y distante. Ahora entiendo por qué la gente se aleja de mí, incluso yo detesté en su día a las gaviotas que no hacían nada más que quejarse. A la vida le atrae la gente feliz, la gente ligera, la gente que puede volar. Los demás no son sino despojos, como esas bolsas de basura que me están torturando con su fetidez.

Vuelve a mí la brisa glacial que, aunque me hace tiritar convulsivamente, también me concede un respiro porque al llegarme por la espalda se lleva consigo el asqueroso hedor de la podredumbre. Ahora trato de contener la respiración y sólo tomo aire cuando sopla el

viento. Me siento deprimido, no solo porque no he podido llegar a la vejez, es que, no sé. No sé qué es lo que esperaba exactamente de la vida y ahora que veo que se me agota como la llama de una vela bajo la tormenta lo único que puedo hacer es recordar a mis amigos y preguntarme qué será de ellos. Como el Ernesto, al que hace añisimos que no veo, nos lo habíamos pasado muy bien cuando éramos chavales pero le perdí de vista en cuanto me eché parienta. No sé qué debió ser de él. Tampoco me preocupé por encontrármelo de nuevo y ahora me invade una especie de conmovedora nostalgia. También me pregunto qué será de Ignacio. Me enteré de que su mujer palmó en invierno; él se quedó viudo y además con un crío pequeño a su cargo... un chaval para el que la muerte repentina e inexplicable de su madre debió resultar devastadoramente traumático. Eso sí que es un putadón, menuda jodienda. No entiendo por qué me da todo el rato por pensar en cosas tristes, si yo nunca he sido un amargado ni un penurias de los cojones. Si voy a palmar de todas formas, qué más da si por lo menos intento concentrarme en pensar cosas positivas. Por ejemplo, en todos los polvacos que he echado, jajaja. Toda mi juventud suspirando por poder follar y luego, bueno, la verdad es que al principio estaba muy bien, por la emoción de la novedad y tal... pero luego, como con todo, te acostumbras y al final te das cuenta de que el placer sexual no es más que una trampa de la naturaleza para acabar teniendo hijos. Qué cosas, con lo bonitos que son los críos cuando son

pequeños y luego total para acabar convirtiéndose en unos odiosos cerdos ególatras, despegados e insoportables. Lo mismito que yo, vamos. Si es que encima no les puedo reprochar nada, porque yo mismo traté a mis padres con idéntico desdén. Está claro eso que dicen de que el que a hierro mata... Me pregunto si el tío del cartón tendría hijos. Espero que sí, y que cuando sea anciano suden de él como ha sudado de mí y lo dejen morir solo en una puta residencia.

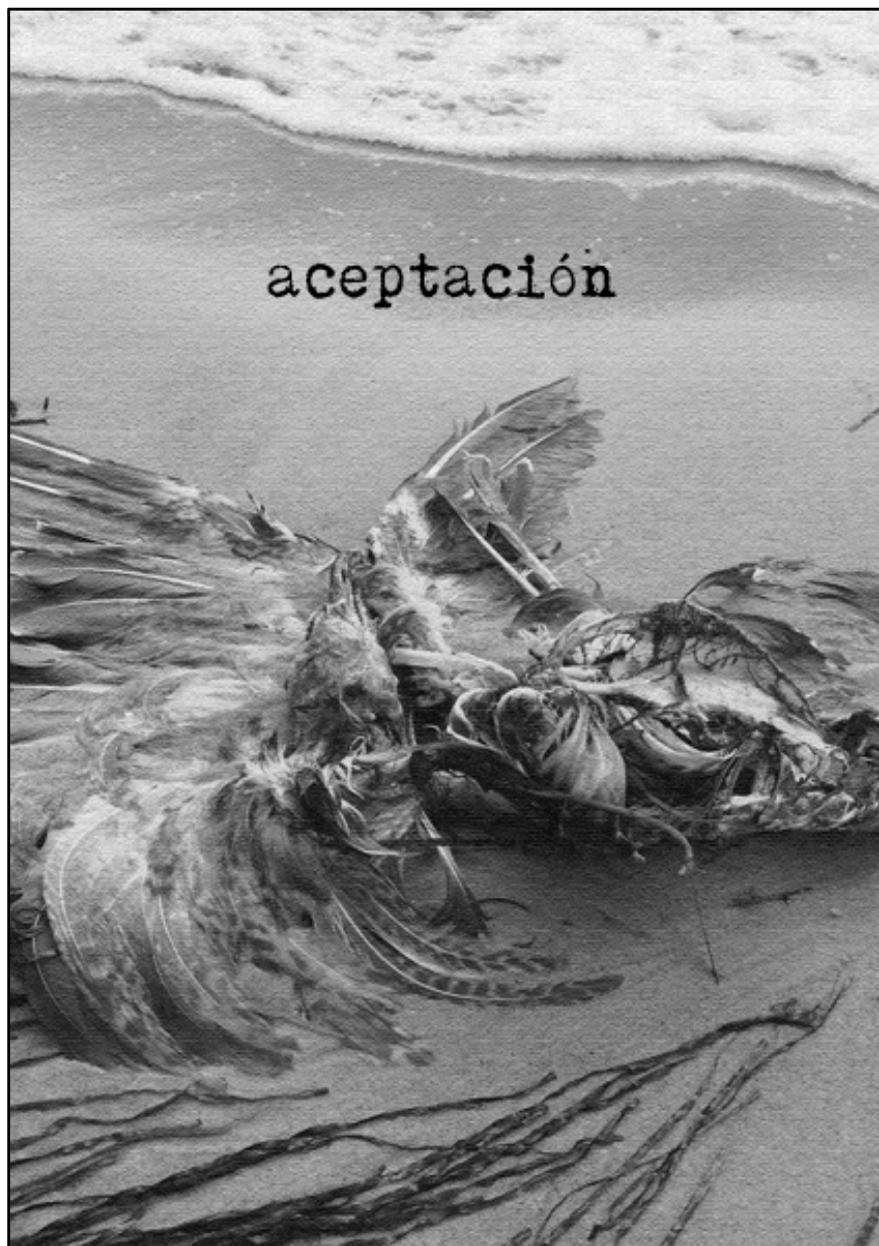
Escucho el motor de un vehículo que avanza despacio al entrar por la calle. Es una furgoneta. Acaba de frenar después de rebasar los contenedores. Ahora oigo cómo se baja un tío, cierra la puerta y luego se pone a rebuscar en el portón trasero. Todavía no sé exactamente qué es lo que se propone, pero estoy convencido de que por fin podré poner a prueba mi fe en la humanidad. El tío se pasea por la calle durante un rato, luego le oigo gritar:

– ¿Es usted el que ha llamado?

–Sí –Le contesta mi salvador en la lejanía. Debe estar hablándole desde su balcón– Lo he dejado sobre unos cartones, junto al contenedor normal.

–Vale, ya lo veo. Muchas gracias.

Poco después el tío de la furgoneta me encuentra, pone un cesto de plástico lleno de hojas secas junto a mí y luego me barre a porrazos hasta meterme dentro.



ACEPTACIÓN

Antes a lo mejor era un ave majestuosa, lo que os decía, inspiración para los románticos, esperanza para los soñadores, rumbo a tierra para los navegantes e imagen de paz para los melancólicos. El verdugo hijoputa este vacía el cesto en la parte trasera de su furgoneta, que como habréis podido imaginar es un depósito con toda la mierda que recoge por las calles. Antes era un ave majestuosa, ahora no soy más que una reputísima mierda. Un filete encima de un plato es comida deliciosa, pero si ese mismo filete se nos cae al suelo inmediatamente se convierte en puta basura. El pestazo avinagrado me obnubila y siento desfallecer. Creo que voy a desmayarme. O no, en realidad soy consciente de que en breve voy a morir. Es una sensación completamente nueva. Por fin, descanso eterno. Gracias humanidad, al no concederme más oportunidades. Gracias salvador, por no socorrerme y dejarme morir. Gracias verdugo hijoputa, por darme esta sórdida sepultura. Ahora ya no estorbo a nadie. Ahora lo tengo claro: La vida es lo que es, no lo que yo pensaba que era. Con vuestro permiso me pongo a dormir. Ahora me acuerdo de mi padre, estuve con él en el momento de su muerte y aunque pasamos un montón de horas juntos mientras sufría una lenta agonía no hablamos de absolutamente nada trascendental ni relevante. Estuve con él, haciéndole compañía, pero se marchó sin decirme quién era en realidad. ¿Os imagináis que me hubiese contado

la verdad? Yo qué sé, que en lugar de a mi madre hubiese querido más a su ex novia, o que me hubiera contado que odiaba a su padre, o que cuando era joven se peleó con un tío y lo apalizó hasta matarlo... no sé, que me hubiera hablado con franqueza ni que fuera una sola vez, como si hubiera sido su amigo. Podría haberme regalado esa parte de mí que sólo se puede conocer a través de la experiencia de tus padres. Mi padre se fue y yo traté de superar su pérdida pensando, como siempre, en otras cosas cuando en realidad lo que debía haber hecho sería haber tratado de conocerle un poco mejor en vida. Esa es la única herencia valiosa que necesitaba que me dejase. Cuando por fin se fue, y aunque yo tenía a mi familia y tal, me sentí muy solo. Me pregunto si mis hijos se sentirán igual cuando yo me haya ido. Me pregunto qué es lo que habrá quedado de mí grabado en sus recuerdos, mejor dicho, me pregunto qué habré sido yo para ellos. Qué tipo de recuerdo seré cuando sólo viva en su memoria. Puede que yo también sea para ellos el perfecto desconocido que fue mi padre para mí. A lo mejor él no quería que yo supiera quién era en realidad; a lo mejor ni se gustaba a sí mismo; a lo mejor estuvo actuando delante mío haciéndome creer que era una persona a la que en realidad no se parecía en nada; a lo mejor se tiraba a otras pájaras que no fueran mi madre cuando decía que salía a buscar comida... como yo, vamos. Esto se está poniendo demasiado complicado, creo que ahora sí que os tengo que dejar. Cada noche me iba a dormir y cuando se apagaban las luces jamás me

planteé si a la mañana siguiente me despertaría de nuevo. No puedo más, de verdad. Me pongo a dormir y, bueno, ya se verá. Que sea lo que Dios quiera.

Adiós, amigos.

* * *



Hubo una eternidad oscura antes de que yo naciera y habrá una infinita oscuridad después de que haya muerto. En la historia de la humanidad, en la historia de la evolución de las especies, en la historia del planeta en el que habito, mi vida ha sido solo una descarga fugaz, un chispazo en mitad de la noche, el eco de un silbido en la cima de una montaña.

Mi vida tuvo un principio del que soy incapaz de acordarme y tendrá un final en el que obviamente perderé la capacidad de recordar que, en efecto, sucedió. He oído muchas teorías acerca de la vida eterna y, aunque se supone que todavía soy joven para estar pensando en ello porque siempre me han dicho que debía evitar hacerlo, finalmente he llegado a una conclusión:

Acepto mi propia mortalidad.

Entrego este fragmento, mensaje en una botella, que contiene el retrato de lo que un día fue mi conciencia para que viva eternamente en el océano del alma universal.

Tal vez llegue el momento en que te encuentres con él y, al leerlo, por fin caigas en la cuenta de que yo fui tú y tú también eres yo.

EPÍLOGO RESIDUAL

– ¿Dónde estabas? Te andaba buscando –Le decía su mujer al verle regresar a casa con apariencia cabizbaja y taciturna.

–Estaba abajo, en la calle –Le contesta–. He encontrado una gaviota muerta y he llamado al ayuntamiento para que vinieran a recogerla.

–Has bajado a fumar.

–Sí, bueno, también he bajado a fumar... Pero me parece que voy a dejarlo ahora mismo. Sí, lo voy a dejar.

– ¿Te encuentras bien? Te veo como muy pensativo.

– Sí, bueno, no sé. Es que me ha dado por pensar.

– ¿El tabaco?

–No, qué va. La gaviota.

–Ah, ¿Y sobre qué pensabas?

–Pues, no sé. Sobre muchas cosas, la verdad. Venía caminando hacia aquí, de vuelta a casa, y se me han pasado mogollón de cosas por la cabeza. Ha sido que he mirado al animal muerto ese a los ojos y me he rayado un poco. No es una cosa que se vea todos los días...

–Ya, bueno. Quieres decir que te ha impresionado.

–Supongo que sí. Me voy a sentar en la terraza un rato. Tengo tantas cosas en la cabeza que me da para escribir un libro o algo.

–Ja ja ja, ¿Lo dices en serio?

–Sí. Bueno, no sé. Bueno, a lo mejor el tiempo que dedicaba a fumar o a ver la tele podría utilizarlo para escribir sobre muchas cosas.

– ¿También vas a dejar de ver la tele? Bueno, desde luego eso es mucho peor que fumar.

–Sí, voy a echarme un rato y cuando acabes de lo tuyo salimos a tomar un café juntos si eso.

– ¿Me estás invitando a salir como cuando éramos novios?

–Sí, ¿qué pasa?

–No, no. Si a mí me parece bien. Qué raro estás, pero va, que no te lo desprecio. Terminó de ordenar esto, me cambio de pantalón en un momento y ya salimos.

–Vale, yo me quedo en la terraza un rato.

Y cuando se encontró apoyado con sendas manos contra la barandilla de la terraza, a solas con sus pensamientos, se dejó inundar por un vendaval de conclusiones y razonamientos que habían aflorado desde lo más hondo de su subconsciente en el mismo momento en que se zambulló dentro de la oscuridad de aquellos ojos lúgubres y sombríos del animal moribundo. Levantó la vista hacia el cielo y se imaginó que podría comenzar explicándolo así:

Yo era un ser majestuoso, exultante de juventud y de absoluta libertad.

* * *

INDICE

NEGACIÓN	7
IRA	16
NEGOCIACIÓN	23
DEPRESIÓN	32
ACEPTACIÓN	38
EPÍLOGO RESIDUAL	43

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN



Vol.0 - Maricones del Espacio

Las mayoría de nosotros lo desconocemos, pero el destino de la humanidad heterosexual se encuentra en manos de una raza extraterrestre proveniente del planeta Mariconia que amenaza con convertir a todos los varones de la tierra en infectados al servicio de un nuevo orden mundial.

Una fisura en sus planes destapa la magna conspiración ante los ojos del estupefacto Polla Pesebre: ¿Se acerca un nuevo cataclismo!



Vol.1 - Chaparrón de pollas

Acusado de un crimen que nunca cometió, Polla Pesebre vive recluido en un centro sanitario del que los Maricones del espacio no le dejan escapar para evitar así que descubra sus terribles planes de dominación intergaláctica al resto de la sociedad cisgénero.

Morralla, suspense y ciencia-fricción se dan cita en esta primera secuela de la más desdeñable colección de novelas de humor negro.



Vol.2 - Nos importa tres cojones

Desde el mismo momento en que se reconoció conocedor de la conspiración homosexual, los Maricones del espacio no dejaron de acosarle.

Marcado por los constantes abusos y palizas durante una adolescencia infernal que presagiaba un futuro de lo más aciago, Polla Pesebre abandonará la apatía y la indiferencia propias de la pubertad para poder seguir adelante.

Vol.3 - Tu vida da un asco que te cagas

Te das cuenta de que ha llegado el momento de cambiar cuando todo lo que te rodea está completamente podrido.

Mientras que Polla Pesebre considerará aceptar la azarosa hazaña que le ha sido encomendada como una cruzada contra los enemigos de la paz sexual, el inspector Onésimo Redondo tratará de desenmascarar a un sanguinario criminal asesino de maricones.



Vol.4 - Putas, yonquis e inmigrantes

Todo el mundo sabe que los amigos no se eligen, por esa misma razón es por la que Purria Prepucio la yonqui, Monells el mongólico lujurioso y Porrás el gordo sudado se unen por puro azar a las andanzas de Polla Pesebre.

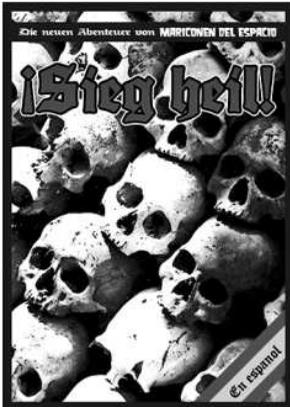
Pumba Perrete, autoproclamado como el nuevo líder del mundo libre, declara la guerra a toda la comunidad heterosexual. ¿Será el fin del mundo tal y como lo conocemos?



Vol.5 - ¡Sieg heil!

La mejor novela de humor fascista se llama ¡SIEG HEIL! donde Adolf Hitler y sus colegas tratarán de poner fin a la tan desdenable e infecciosa pandemia homosexual, haciéndole frente con sus dos cojones al Porculismo internacional, al Teto, al Conejo de la suerte, a los pederastas en helicóptero y a todo lo que se les ponga por delante.

¡Viva la victoria!



Una mañana cualquiera

Gualdemor Ostrowski se despierta con la certeza de que su vida jamás volverá a ser la que era.

Algo terrible le sucedió la noche anterior:

Volviendo para casa, despistado como de costumbre, se metió una hostia de tres pares de cojones y ahora se encuentra, sin más, debatiéndose entre la vida y la muerte, tirado en medio de la acera en una de esas urbanizaciones para gente pija por donde parece que no pasa ni Dios.

Angustiado por lo que pueda acontecer en las próximas horas, y en vista de que nadie acude a socorrerle, Gualdemor emprende un inevitable viaje hacia el interior de su consciencia con el fin de descubrir

qué era lo que esperaba de la vida,

qué es lo que puede esperarle más allá de ella

y, sobre todo,

de qué coño le ha servido vivir.



CONDIROMA
EDICIONES

Marzo 2018